

Revista Crítica Penal y Poder
2021, nº 21,
Octubre (pp.78-82)
Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos
Universidad de Barcelona



Violencias y carencias: hacia una nueva profesión policial

Violences and shortages: towards a new police work

Amadeu Recasens Brunet

Red Internacional para la Innovación en Seguridad (RISE)

Bona tarda, bon dia; buenas tardes, buenos días a todas y a todos, gracias por estar aquí, en la sala o sufriendo esa distancia que nos permite estar juntos, pero sin estar juntos; en esa especie de deseo virtual que es innegablemente práctico, pero que a la vez no deja de resultarme frustrante.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento y mi felicitación al *Observatori* por sus 20 años, y a todos y todas los que han trabajado en la organización de estas jornadas de homenaje a Roberto en tan difíciles circunstancias. También quiero dar las gracias a Cristina Fernández, la coordinadora de esta mesa, que ha hecho gala de importantes dotes de mando y persuasión.

Es un homenaje de justicia, necesario, por Roberto, por lo que hizo y lo que ha dejado. Su muerte, como las de Sandro Baratta o la de Massimo Pavarini, por citar sólo a dos amigos de los que ya no están, deja un profundo vacío, que tratamos de llenar con el recuerdo y con nuestra labor, que de alguna manera los incorpora.

Conocí a Roberto prácticamente desde su llegada a Barcelona. Yo por aquel entonces era un joven de izquierdas, delegado de esta Facultad, que había participado en el antifranquismo tardío y en la recuperación de lo que creíamos era la democracia y la libertad (no teman, que no voy a decir lo que pienso sobre adonde hemos llegado en ese terreno).

Nuestro primer encuentro fue tenso. Éramos dos caracteres obstinados, y veníamos de dos mundos distintos. Él argentino, yo catalán, él muy “profesoral”, yo muy estudiantil, él

bastante socialista... yo no. Pero de ese primer encuentro, que acabó bien, nació un respeto mutuo que luego se convirtió en sincera amistad y cariño. Sí, sí, he dicho cariño, porque Roberto era el gruñón más sentimental que he conocido, aunque no siempre supiera expresarlo, y siempre tratara de disimularlo.

Esta Facultad olía a rancio, y ciertos fascistas agresivos campaban a sus anchas por ella. Constituimos un pequeño grupo, al que se nos negaban las aulas por no ser formación reglada, y nos reuníamos casi clandestinamente. Era un grupo que fue cambiando de morfología, recuerdo a todos y todas las/los que estaban, pero no los/las puedo citar a todos/as, apenas mencionaré, porque han seguido en la brecha y ustedes los/las conocen, entre otros a Elena Larrauri, Pepe Cid, Encarna Bodelón, Iñaki Rivera y más gente que seguíamos las clases de Roberto, que nos abrían un mundo nuevo.

Algunos privilegiados éramos recibidos a menudo en casa de Roberto, en el Putxet, donde una siempre delicada Loredana nos acogía y nos daba té y refugio ante las broncas y las largas clases y discusiones. Por ahí corría su hija, Valeria, que con el tiempo se ha convertido en prestigiosa editora, y “Ciccio”, un afectuoso teckel. Lo recuerdo todo y a todos/as con especial afecto.

Luego, poco a poco, nos instalamos en la Facultad, y la cosa empezó a tomar forma. Empezaron la tesis, especialmente la mía y la de Iñaki, que ya configuraban una cierta división de funciones: Roberto justicia, Iñaki sistema penitenciario y yo seguridad y policía (cada uno enfrentaba sus preferencias críticas). Las reuniones eran con el grupo argentino-chileno (ahí estaban también Juan Bustos y Hernán Hormazábal). Hubo sus alegrías como el nacimiento la revista Poder y control, y sus sinsabores, cuando el grupo se dividió y unos se fueron “con los chilenos”, mientras otros nos quedamos con “il generale” (creo que el mote se lo sacó Pavarini). Con todo, las amistades y los afectos se han mantenido.

El resto ya lo saben...ya ha sido contado a lo largo de estos días. Tan sólo quiero recordar la etapa de Roberto como director del Instituto Internacional de Sociología Jurídica de Oñati, y los días con Ignacio Muñagorri, con Xabier Arana y los demás... y la entrada en nuestras vidas de nuestra querida Serena, para la que solo tengo palabras de cariño y amistad. Es una persona adorable, conjunción anglo-euskalduna irreplicable, de afecto y de paciencia infinitas, a la que tenemos mucho que agradecer.

Sin Roberto todos nosotros no nos habiéramos conocido, no habiéramos conocido a Sandro, a Massimo y a muchos de los panelistas y asistentes de estos días, a los que tanto aprecio y admiro, con los que tantos recuerdos y anécdotas atesoro.

Como les decía, a mí me interesaba la policía. Esa policía franquista que tan duramente reprimía, ese elemento que no se estudiaba en la Facultad, porque lo consideraban “cuestiones prejudiciales”. Ese elemento que no querían ver porque era sucio y manchado de sangre. Salvo muy honrosas excepciones, a la mayoría de los juristas, siempre timoratos y gente de orden, les gustaba juzgar al acusado cuando ya estaba en el banquillo, arreglado y peinado para la ocasión.

De hecho, en el departamento de Penal no todo el mundo entendía mi empeño, pero gracias a Roberto persistí obstinadamente en la tesis, que terminé en 1986. Era un desarrollo muy marxista y bastante afrancesado, por mi formación y cultura, sobre el control social y la policía. Traté de ver y demostrar que la policía no es eterna ni neutra, como se pretendía, sino que nace claramente con la Revolución francesa (la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano le dedica nada menos que dos de sus 17 artículos) y forma parte esencial del Estado contemporáneo.

Luego, obviamente, mi pensamiento fue evolucionando. La explicación del aparato de estado resultaba demasiado mecanicista, demasiado reductiva. La contrasté con las teorías sistémicas, para analizar cómo presenta rasgos de sistema autopoiético y autoreferencial, cómo tiene vida propia y responde a estímulos autónomos e intereses específicos, no siempre idénticos a los del Estado. Y amplíé mi campo a la seguridad en general.

Mi actividad relacionada con la seguridad y la policía en distintos puestos y distintas administraciones, no obstante, no acababa de encajar en la teoría. Creía haber entendido como funciona la policía (de hecho, las policías: la corporación policial y la institución policial, que no siempre presentan el mismo perfil), pero necesitaba algo más, y lo encontré en el mundo anglosajón y también en Francia y en Italia: era el ámbito de las políticas públicas. Con ello procuro ver como juega y cuál es el rol del actor policial en la detección, agenda, desarrollo y evaluación de las políticas de seguridad. Trato de discernir de qué seguridad estamos hablando: seguridad del Estado o seguridad humana. Cómo funciona el juego entre seguridad pública y privada, y qué alternativas aplicables se pueden encontrar.

Porque en realidad, lo que a mí me interesa es utilizar el conocimiento para cambiar realidades. Cierta que cuesta mucho transformar una corporación y una institución como la policial. Se requiere de un cambio cultural profundo que no se puede lograr directamente, sino mediante la transformación progresiva de sus funciones y de su organización. Un cambio profundo de una profesión que ha quedado obsoleta antes de nacer. Porque todavía no existe una profesión policial, sino apenas un oficio de policía. Trataré de expresarlo con un ejemplo: un médico se identificará diciendo “soy médico, cardiólogo, con especialidad en cardiología nuclear y trabajo en el Hospital Clínic”. El día que un policía se identifique, por ejemplo, como: soy policía, de proximidad, con especialidad en mediación y trabajo en la policía nacional” (o en cualquier otro cuerpo), ese día hablaremos de profesionales. Mientras su introducción siga siendo “soy policía nacional...” y luego todo lo demás, no tendremos una profesión, sino un oficio corporativo, que además está completamente inadaptado a la globalización y a la complejidad sistémica.

Lo que me interesa es trabajar para que el sujeto y actor principal de la seguridad sean las personas, y no el Estado, y que la seguridad sea un servicio y no un negocio del miedo y la amenaza. Pero esta perspectiva ha chocado insistentemente con la aversión infantiloides de cierta izquierda que cuando gobierna, para no enfrentarse al hecho de que gobierna también

una policía, opta por no hacer nada al respecto, o por la externalización (en manos de técnicos o de socios de gobierno) de la gestión de la policía. Ello constituye un elemento incapacitante para constituir una verdadera alternativa progresista de gobierno.

Otro de mis centros de interés son las violencias. Que no es una, sino varias. Existe una violencia instrumental, empleada como instrumento y motor del cambio político. Se trata de una violencia fundadora de derecho en términos de Walter Benjamin. Una violencia que confronta relatos alternativos y genera un conflicto con el poder, que este replica con violencia institucional, sobre todo policial. Esa violencia admite, aunque parezca paradójico, un cierto nivel de discusión, de negociación.

Pero hay también otra violencia, derivada de la crisis patológica del sistema, que no tiene alternativa, que no tiene relato, que es producto de la disfunción entre sistema y actores. Una violencia que se vuelve simbiótica, se engancha a todo tipo de protesta, y en la que la mediación es prácticamente imposible. La respuesta institucional a esta violencia no se puede gestionar, sólo puede ser represiva, y por tanto autoderrotante, como señaló Hannah Arendt.

La violencia policial, confrontada a esta violencia no puede nunca resolver la situación, y genera frustración y más violencia que se torna violencia simétrica, indiferenciada. Esta violencia es muy peligrosa, porque no proviene, no es reflejo de conflicto, sino de ausencia de política, de un vacío entre actores y sistema. A menudo es culpa del sistema, que se niega a reconocer el conflicto y a negociarlo. La contestación entonces ya no pretende forzar un cambio, ya no es fundadora de un cambio en el que no cree ni confía, ni dispone de un relato que lo sustente.

Un tercer nivel es el derivado de la autonomización de la violencia, una violencia que deviene fin en sí misma. En este punto, ni tan sólo hay un conflicto enquistado y frustrado, sino mera confrontación con el poder, pura rebeldía y frustración. La contestación se vuelve lúdico-destructiva frente a lo que interpreta como violencia institucional, económica, excluyente. Excluida y lúdica a la vez, no admite mediación alguna. Parece que la policía forme parte de la fiesta, de la batalla campal y en este punto la simetría de la violencia deviene total, y el papel policial es, más que nunca, parte del problema.

De hecho, todas las formas pueden encontrarse a menudo en un solo acto de protesta, y por eso no empezaremos a entender ciertas situaciones hasta que no entendamos que no estamos ante “la violencia”, que se rechaza de plano y en bloque sin el más mínimo análisis, sino ante diversas violencia o formas de violencia que hay que tratar por separado y diseñar políticas públicas diversificadas y cambios en la organización policial, en lugar de responder sólo con la herramienta más insatisfactoria: el orden público.

He querido exponerles brevemente mi experiencia de adquisición de conocimiento sobre mi campo de interés, porque constituye a la vez un tributo a quienes lo orientaron y un intento de elaboración de un marco teórico sobre seguridad y policía. Es un ejemplo, para bien y para mal, de lo que aprendí y cómo, de aquellos a quienes, por lo que me influyeron, puedo considerar mis referentes: Roberto Bergalli, Sandro Baratta y Philippe Robert. Ellos me

obligaron a beber de distintas disciplinas, a ser siempre crítico, especialmente conmigo mismo, a no afiliarme a nada que no sea mi propia consciencia; a salir de mi zona de confort y, si era preciso, luchar contra molinos. Me enseñaron a despreciar ciertos cantos de sirena del poder, a trabajar para transformar la realidad sin temor a fracasar y sin esperar cambiar el mundo en dos días, a implicarme con mi realidad sin miedo a ensuciarme.

Por eso mismo afirmo que Roberto era “desconfortable”, te obligaba a salir de tu zona de confort, y eso siempre produce desazón, pero en eso reside probablemente la investigación como voluntad de conocer para cambiar la realidad. Creo que traduzco el sentimiento de muchos de vosotros si afirmo que ese rasgo nos marcó como grupo, como colectivo, a pesar de nuestras variadas opciones.

Ciertamente, como alguien ha dicho, yo, hay días que no se si soy de los míos, pero sí sé que, con Roberto en la memoria, y en jornadas como esta, entre gente como la que está participando en todas sus vertientes, me siento entre los míos.

Moltes gràcies, muchas gracias.